

Reflexiones literarias en torno a un personaje de ficción creado por Laura Restrepo en su novela *Delirio*¹

Erika Zulay Moreno Bueno²

Al final de la novela *Delirio* (2004) de la escritora colombiana Laura Restrepo se lee que sabiamente Henry James advertía a los escritores no hacer uso de un loco como personaje central de una narración, ya que éste carece de una moral responsable sin la cual no se puede contar una verdadera historia (Vidal, 2004). Bajo esta prevención y aclarando que el personaje denominado *Aguilar* no es precisamente aquel loco del que se habla, se trata sin embargo, de un personaje de ficción; tal vez las reflexiones literarias que de él se puedan hacer carezcan del sentido estricto o teórico que sí puede tener un personaje que no ha sido mediado por la configuración narrativa.

Aguilar es un personaje central en la novela de Laura Restrepo y en él se representa la encrucijada que surge de la relación entre la literatura y su enseñanza, ¿se trata acaso esta relación de una vocación o es simplemente una profesión?, esta pregunta implícitamente nos lleva a otras que necesariamente construyen el centro de reflexión en este texto: ¿se enseña la literatura?, y si es así ¿por qué enseñarla?

Aguilar reparte comida para perros luego de su despido como docente de literatura de una universidad colombiana:

“Me asalta con frecuencia ese pensamiento dual, dice Aguilar, tal vez porque no me siento respaldado por ella en mi esfuerzo por conseguir el sustento en estos tiempos

¹ El presente texto da muestra de una preocupación personal, cuyas reflexiones surgen algunos años atrás y comprenden un trabajo en equipo que se consignó en el libro *La didáctica de la literatura. Estado actual de la discusión en Colombia*. 2005.

² Licenciada en Idiomas y Magíster en Semiótica – Investigación en Literatura. Universidad Industrial de Santander. Doctoranda en Letras. Universidad Nacional de Córdoba – Argentina. Docente de literatura Universidad Autónoma de Bucaramanga. Correo: emoreno779@unab.edu.co

duros, además no es fácil para él resignarse a repartir comida para perros teniendo un doctorado en Literatura”. (Restrepo, 2004. p.62)

Aguilar se conoce con Agustina en la universidad y ésta en calidad de estudiante le pide, mediante una nota, que le haga el favor de guiarle la escritura de su autobiografía con el pretexto de que sólo él puede ayudarle ya que se trata de un profesor de letras:

“Profesor Aguilar, soy la del otro día en el cineclub y necesito pedirle un favor, se trata de que quisiera escribir mi autobiografía pero no sé cómo hacerlo, usted preguntará si me ha sucedido algo inmemorable o importante, algo que merezca la pena ser contado y la respuesta es no, pero de todos modos es una obsesión que tengo y creo que usted me puede ayudar con eso, por algo es profesor de letras”.
(Restrepo, 2004. p. 225. Subrayado propio)

El profesor Aguilar, profesor de literatura de la Universidad Nacional de Colombia que pierde su empleo tras el cierre de dicha universidad a causa de disturbios, termina vendiendo purina para perros y paulatinamente reconstruyendo y escribiendo la biografía de una familia que en apariencia no tiene nada que contar. Paradójicamente, la novela, en la construcción del personaje Aguilar, parece delatar también el cuestionamiento entre una profesión y una vocación.

Para Aguilar, ganarse la vida como profesor de literatura o como vendedor de purina parece ser solamente un asunto de supervivencia; sin embargo, es él quien termina como uno de los conductores centrales en la organización del relato. Relato que tiene como eje central el denunciar una sociedad colombiana resquebrajada por los vicios de la apariencia, el arribismo, una sociedad que no reconoce la autenticidad de lo que es propio, sino más bien, en la que todo lo que proviene de afuera, foráneo cobra más valor.

Y es aquí precisamente donde se eleva la literatura, donde cobra valor ese profesor menospreciado y vituperado, donde la metáfora de un Aguilar que deja de lado la

burocracia de su profesión para dar paso a una vocación que se le impone con nombre propio: Agustina, una historia que sí valía la pena de ser contada y que se resuelve en la escritura de este relato que se interpela y que de alguna manera señala el porqué y el para qué de la enseñanza de la literatura.

Para Régine Robin (1994), el texto novelístico debería ser lo primero en una sociedad, ya que éste ocupa un lugar destacado en la circulación cultural de ideas, imágenes, formas y estereotipos de las configuraciones discursivas. De allí la importancia de enseñar literatura, pues es a partir de ella en la que se puede consolidar el imaginario social y nutrir el capital simbólico de una sociedad.

La literatura, como constructora de mundos posibles, cuestiona este mundo y señala posibles caminos de acercamiento a la autenticidad del ser. Pero para que ello sea cierto, es necesario que el lector, que se deja llevar por lo efímero e inmediato, se convierta en uno capaz de sentir el texto y esta es la función de la universidad en la formación de futuros profesionales en el área de literatura, permitir el cuestionamiento crítico argumentativo de la realidad que circunda esta sociedad, valiéndose del arma por la que a lo largo de la existencia de la humanidad se ha sacudido esta misma: *La literatura*

Referencias

Restrepo, L. (2004) *Delirio*. Bogotá: Alfaguara

Robin, R. (1994) *Para una sociopoética del imaginario social*. En: Historia y literatura.

Françoise Perus, ed. México: Instituto Mora

Vidal, G. En: Restrepo, L. (2004) *Delirio*. Bogotá: Alfaguara